



Á LOS NIÑOS Y Á LAS NIÑAS

DE LAS ESCUELAS PÚBLICAS

A vosotros debo dedicar estas líneas, y explicaros con sencillez, como si hablase con cada uno de vosotros aisladamente, un sentimiento que tengo en el corazón tiempo ha.

La última vez que dediqué un discurso á las niñas premiadas, cuando bajé del escenario para marcharme, oí sobre mi cabeza una voz argentina que dijo «¡Gracias!» Y alzando los ojos, vi en un palco, en medio de su familia, una pequeña alumna que me miraba con sonrisa gentil, como la palabra misma que se había escapado de sus labios.

—¿Gracias?—dije para mí.—¿Y por qué? Si alguien tiene que dar gracias, ése soy yo.

Y en aquel instante me vino al pensamiento la idea de escribir las siguientes li-

neas, como una respuesta á aquel «gracias».

Si, soy yo quien debe expresar un sentimiento de gratitud, porque hace muchos años debo á vosotros mis alegrías más vivas y más puras: desde que conduje por la primera vez mi primer hijo á una de las Escuelas municipales de Turin, y acompañándolo luego, y yendo á buscarlo casi diariamente, empecé á observar y á amar á sus compañeros.

De aquella observación y de aquel afecto nació la obra que escribí para los niños (*).

Puedo decir que fuisteis vosotros quienes escribisteis aquel volumen; vosotros me lo sugeristeis y yo lo escribía. Yo no hice sino recoger en pocos personajes, caracteres morales, actos y discursos observados y

(*) Alude al libro titulado *Cuore*, el hermoso «diario de un niño» (traducido por quien también hace la versión de la presente obra), y publicado con ilustraciones preciosas en la última edición castellana. Este libro maravilloso ha sido vertido á todas las lenguas modernas de los países civilizados y ya hace años que se habían agotado en Italia cien ediciones. La primera edición española va precedida de un prólogo de D. Isidoro Fernández Flórez (*Fernanflor*), digno bajo todos conceptos del texto mismo. Es curioso, como verá el lector, el presente trabajo, por dar una idea de cómo fué escrito aquel prodigioso volumen.

cazados al vuelo en medio de vosotros, ó referidos á mí por vuestros buenos Maestros. Para cada uno de aquellos personajes tuve delante la imagen de un niño conocido. Sobre la cara de cada uno de vosotros, encontré una idea; una palabra vuestra escuchada al pasar, era una perla que engastaba en un período, y las mejores páginas ó las menos malas, me fueron inspiradas por vuestras alegrías y vuestros dolores.

Si alguno de vosotros fué embellecido, no lo fué por arte, sino espontáneamente y sin darme cuenta de ello; le embellecí porque lo amaba. Muchos de estos mis pequeños colaboradores venían á mi casa, donde los interrogaba, y los veo todavía sentados á mi mesa, con los pies que no alcanzaban al suelo, con semblante sonriente y lleno de asombro por mis preguntas, de las cuales no comprendían el objeto ni el fin; más maravillados aún al ver que yo seguía escribiendo mientras ellos hablaban; admirados también cuando les mostraba en los cajones de mi mesa fotografías de pequeños escolares, cuadernos garabateados, libros de lectura reducidos á pedazos, dibujos de gestos y actitudes de caras y cabezas, vestidos extraños y montones informes de toda clase de

cosas, objetos singulares y raros que me habían dado Maestros y Maestras, y un gran Calendario escolar, cubierto de notas, de advertencias, de llamadas, de referencias, de rayas de lápices de todos colores, constituyendo todo aquéllo como la trama de mi libro.

Y viví así muchos meses, acaso acaso los más felices de mi vida, entre la casa y la escuela, con la imaginación y con el corazón tan lleno y caldeado de aquella existencia, que ni acariciaba otros pensamientos, ni percibía otros sentimientos, ni soñaba otros ensueños. Y en pleno día, cuando escribía, se apoderaban de mí, colocándose delante con una apariéncia de realidad maravillosa vuestras imágenes, el fantasma de cada uno de vosotros. Y durante la noche, velando en mi mesa de trabajo, percibía en el silencio de mi cuarto, el paso, el roce, la palabra, las explosiones de llanto, los sollozos ahogados, el murmullo de las clases y las palabras y voces de los Profesores, todos los soplos, alientos, vagidos y rumores de una vasta escuela, como si todo aquel pequeño mundo que describía se agitase verdaderamente entre mis cuatro estrechas paredes.

Cuando escribí la palabra «fin», en una hermosa noche de Mayo, mientras todos vosotros dormíais hacia muchas horas, no experimenté en modo alguno la alegría y el descanso que se suele experimentar al término de una larga fatiga y de una faena laboriosa, porque me parecía veros huir de mí casi á todos juntos y para siempre, permaneciendo yo en una gran soledad; y recogí en un paquete, el calendario, apuntes, cuadernos y otras cosas, tristemente, como se recogen los objetos familiares y las cartas de una persona querida, muerta ó partida para no volver ya más.

Pero mi corazón no se ha separado jamás de vosotros desde aquellos días.

Una necesidad de la inteligencia y del ánimo continúa estimulándome de cuando en cuando, pasados pocos días, á volver á la escuela. La entrada de una clase, la vista de aquellos cincuenta rostros atentos y curiosos, de aquellas sonrisas vagas y casi esparcidas por el aire, á las cuales basta una ligera sonrisa del visitante para que se enciendan y derramen en feliz hilaridad sin causa; de todos aquellos aspectos diversos sobre los cuales se muestra ya el anuncio del valor, de la altivez, de la mansedumbre,

la melancolía, la pertinacia y la fuerza de los hombres futuros, es para mí un placer siempre nuevo y cada día más vivo. Y la alegría luminosa causada por la alabanza, y el inclinarse de las frentes enrojecidas bajo la censura, el aire de triunfo de quien con un esfuerzo del pensamiento llega á aferrar una idea, ó á relacionar dos, que no se habían jamás reunido en su mente; el anhelo afanoso de quien busca una palabra nueva aprendida anteayer y olvidada ayer, todo este trabajo rápido de la inteligencia que aparece en los ojos dilatados, relampagueantes, móviles hasta el extremo,—verdaderas ventanas por donde se asoma el alma, y de donde se asoma también tal cual es,—me hace resucitar y trasportarme á mi infancia como uno de aquellos sueños lucidísimos y casi milagrosos de los que permanecemos estupefactos al encontrarnos envejecidos.

No podéis figuraros cuán contento estoy cuando me decís alguno—Vuelva usted,—y cuando vuelvo, transcurrido un mes ó una semana, encuentro entre los primeros de la escuela, elevado por un impulso inesperado de laboriosidad, un locuelo que figuraba entre los últimos, ó reconozco

que se ha hecho respetuoso y bueno aquel que era rebelde y malévolo; ó se me cuenta que se han reconciliado y ya se quieren bien, dos que se atormentaban de continuo, como si se odiasen, y más, cuando vuelvo á ver en su puesto, con la carita todavía afilada, pero ya sonrosada por la convalecencia, á un pequeñín que la Maestra había temido perder para siempre... ¡Cómo salgo de la Escuela, confortado el ánimo y con el corazón elevado al puro ideal!

Pero mí mayor alegría se origina de persuadirme, como me persuado mejor en cada nueva visita, de que no es justa aquella sentencia de un gran poeta, de que «la infancia no tiene compasión»; porque mil hechos, mil observaciones que hago, ó recojo de vuestros Maestros, me prueban una cosa muy distinta, que muchos niños se inclinan á la dureza ó á la crueldad, porque ignoran el dolor en ellos mismos no experimentado, y no saben medirlo ni apreciarlo en los demás; que es mucho más fácil despertar en el ánimo infantil la compasión y piedad y conmiseración, que acallarla: que si en muchos está muerto este sentimiento, es porque no se les inspira ó no se les hace comprender; pero que basta casi

siempre una palabra sabia y dulce que ilumine su inteligencia para dignificar sus propias intenciones y conmover los sentimientos puros del corazón.

A menudo también, como hacen ciertas personas que, para librarse de los pensamientos tristes, van á sumergirse y á nadar en el agua fresca de un río, saliendo casi resucitados á un tiempo del cuerpo y del espíritu, yo, como para echar fuera la melancolía, voy á la hora de la salida delante de una de las grandes escuelas de Turín, y permanezco allí como una mole de piedra en medio de un torrente, cuando salen de clase ciento tras ciento los niños, ó me paro en medio de aquel remolino, ó sigo una ú otra dirección, dejándome arrastrar, abandonando mis pensamientos en medio de aquel tropel.

Y aquellas mil voces, aquellos mil gestos, aquellos mil pequeños incidentes graciosos, afectuosos ó tristes, de compañeros y de hermanos que se buscan, se pierden, se llaman, se encuentran, se agrupan y se disuelven, con giros y revoloteos de mariposas ó de golondrinas; aquella música acelerada y confusa de innumerables palabras que no dicen nada, de risas sin motivo

ni causa, de llantos por el libro ó por la gorra caídos, de dulces interrogaciones maternas y de exclamaciones de alegría de prisioneros fugitivos, y de «adiós» gritados á un paso de distancia, como de un lado á otro de un valle; toda aquella oleada humana que flota, fluctua y se revuelve, y lanza aquí y allá como ondas que se rompen, filas y grupos que saltan, brincan y corren, que andan y se esparcen en pocos minutos por todas las calles de alrededor, haciendo fiestas al aire, al agua y á los árboles, al sol, á todo aquello que se mueve cerca ó lejos, que brilla ó que suena, sobre la tierra y en el cielo, como si cada cosa arrancara á aquellos labios infantiles un saludo, una promesa ó una alegría. Y este espectáculo, y poner la mano sobre la cabeza de aquellos pequeños alumnos de la primera clase inferior, que al pasar toca mi mano con los rizos de sus cabellos, como si ofreciese su cabeza á una caricia mía, provocándola, me dan para todo el resto del día una serenidad tan clara de espíritu y una disposición tan viva hacia la benevolencia, que es propiamente por insuficiencia del ingenio si no consigo cuando escribo una página bella, ó es falta de oca-

sión si no logro hacer una obra buena en el resto de la jornada.

Otras veces, cuando estoy cansado de leer libros donde la verdad está traicionada por el arte y dominado el buen sentido por la pasión, ¿sabéis qué lectura me recrea? Sonreiréis al saberlo; pues bien: son las páginas escritas por vosotros, paquetes de ejercicios de composiciones hechas por alumnos de la clase superior, que profesores amables me dan á leer, enseñándome algunos trabajos y que yo leo con la atención creciente del maestro que tiene que corregir el estilo de cada uno.

La sola vista de aquellos caracteres gruesos é inciertos, observando los cuales me parece ver resbalar con interrupción y saltos sobre el papel las pequeñas manos, diestras para jugar á la pelota y manejar el trompo mejor que la pluma, en los que reconozco por ciertas desigualdades de forma y ciertas palabras dejadas á medio escribir, la distracción repentina producida por el paso de algo que atrae la atención, como el toque lejano de cornetas que tanto distrae como alegra á los pequeños escolares, como á mi al hacer las observaciones.

Y me deleitan las extrañas omisiones,

y las repeticiones y el desorden original de aquellos períodos sin comas ni puntuación alguna, ó bien sembrados de puntos y comas al acaso, y á granel, en todo lo cual los pensamientos surgen y tropiezan como los niños que dan los primeros pasos, y la ortografía y la lengua sufren mediante las formas inesperadas y más amenas; y leo y releo el escrito, pensando que con semejantes arabescos y en una prosa semejante empezaron á escribir Dante y Maquiavelo.

Pero no me deleito solamente con aquella literatura, porque en ciertos pasajes ingenuos desde una idea á otra que recuerda al novelista primitivo, en ciertos pensamientos inocentes y amorosos, expresados con una sencillez inimitable, en ciertos modos y giros de frases de la lengua familiar que usan los niños por necesidad ó sin pensar en ello, y que parecerían en las páginas de un escritor atrevidos pensamientos, aprendo, y aprendo mucho. Y de mis meditaciones sobre aquellos pensadores que hace seis años no hablaban todavía, de aquella fragancia de almas infantiles, de aquellos gérmenes de ideas, de aquellas bocanadas de inteligencias entreabiertas, como flor en capullo, de aquellas flores de afecto, apuntadas

ayer, esbozadas apenas, salgo como con un sentimiento de frescura intelectual y con una fe probada en la virtud de la Escuela, que me hace volver con amor más vigoroso y más alegre al trabajo.

Y después que he trabajado con ahínco, sois todavía vosotros una de mis recreaciones más queridas. No se me ocurre mirar el reloj, porque la luz misma del día me dice «es la hora en que pasan»; y como el prisionero se asoma á la ventana para ver pasar la bandada de pájaros, yo también, prisionero de una idea, salgo á la terraza para ver venir por las calles los grupos aislados, disueltos ó apretados, ora dirigidos por una madre que lleva con los suyos los demás chicos de la vecindad, ora parejas de hermano y hermana, vestidos de la misma pieza de tela, ya los pequeños piquetes guiados por el más grande, que hace de cabo, como patrullas donde algunos pequeñísimos dan el primer vuelo fuera de la casa como si saliesen del nido, mirando alrededor, desorientados por su propia soledad; y cuando llueve, montones de cuatro ó seis bajo un solo paraguas, llevado alternativamente en riguroso turno de honor por las manos de todos ellos, sin reparar nin-

guno en que todos se mojan: y me divierto observando á los que caminan habitualmente con paso precipitado, como si fueran hombres de negocios, y los vagabundos, distraídos, que parece que no saben dónde van; y los que se retrasaron que corren á la desesperada, con el terror sobre el rostro, y á los más distraídos aún, que forman círculo cada diez pasos para examinar y comentar, ya el pedazo de periódico, ó la hormiga ó la caja de cerillas encontrada en la acera. Así me son familiares á lav ista los diligentes y los perezosos, los que suprimen el uso de la gorra ó del sombrero á los primeros calores, los hijos de los militares que van acompañados de los asistentes, y los pequeños menestrales, sin corbata, y los hijos de los aldeanos con zuecos; reconozco las medias encarnadas de ciertos pillines, amigos míos, desde el primer aparecer y á gran distancia.

Y si en alguna ocasión me detengo perezoso en el balcón, distraído, después de haber pasado todas las pequeñas criaturas interesantes, me sorprende de pronto con esta exclamación que me dirijo á mí mismo: —¿Cómo tus chicos están ya todos trabajando y tú permaneces en el ocio todavía?

Y este pensamiento sois vosotros, queridos niños, los que lo despertáis en mi alma y me impelís de nuevo á la faena interrumpida.

* * *

Y si alguna vez, por apartada calle de la ciudad, por una senda del campo, alrededor de los barrios extremos, encuentro un muchacho descamisado, que me mira sonriente y busca y no encuentra con la mano manchada de tinta, la visera de la gorra, puesta torcida; ó una chiquita descalza, á la cual reconozco por alumna, por la genuflexión ceremoniosa que le han enseñado á hacer en la Escuela, y que repite al pasar á mi lado, mirándome con sonrisa imperceptible, busco allá en la memoria, y al cabo de algún rato, consigo encontrar los nombres del chico y la chica, y si doy con él, experimento una íntima y verdadera alegría.

Si pasando cerca de la Escuela al lado de un grupo de escolares, veo un pequeño puño que se alza amenazador, y que á mi vista cae para embutirse en el bolsillo con actitud de no haber salido de él ni levantado con tal intención, y el grupo se desbanda,

y el pequeño amenazado corre hacia adelante, dirigiéndome de lejos una mirada, yo bendigo el día en que pasé por vez primera en una Escuela; y si alguna mañana, en los primeros días de Julio, al pasar ante una Escuela, hacia las doce de la mañana, veo correr hacia mí un muchacho, después dos, después más, y, por último, una clase entera, todos agitados, para anunciarme que se han examinado, enseñarme los cuadernos, y decirme todos á la vez sus dudas, sus afanes, y todos los pequeños sucesos de aquella mañana de batalla, me siento contento, contentísimo, como de un golpe de fortuna.

El placer que yo siento al verme alrededor todas aquellas cabezas rubias, todos aquellos cuadernos abiertos, todos aquellos ojos interrogadores, y todas aquellas caras sonrientes por las seguridades y los buenos augurios con los cuales trato de compensar sus fatigas; y después, todos aquellos grupos que vienen detrás de mí y á mis lados, girando alrededor y poniéndose delante hasta la esquina, contando á voces, y más con ademanes y gestos que con palabras, é interrogando todavía con el murmullo sonoro, estrepitoso, de bandada de pájaros á la

puesta del sol... no, queridos niños, no hay placer semejante, ni el del candidato victorioso elegido Diputado en medio de la muchedumbre ensordecedora de sus electores.

*
*
*

¡Y cuántas otras satisfacciones os debo! Podéis pensar en tantos años, cuántos he conocido de vosotros, cuántos se me han quedado impresos en la mente, y de vez en cuando uno tras otro surgen en mi imaginación poniéndose delante de mi vista como larga procesión en que se vuelven todos los semblantes con sonrisa placentera hacia mí como para saludar á uno de sus viejos maestros. Cuántas cabecillas rapadas de pequeños árabes, cuántas cabelleras rizadas de pequeños *San Juanitos*; cuántos semblantes de niños y niñas de bondad y de gracia angelical; cuántos rostros y hocicos de diablillos indomables y frentes y ojos centelleando precoz ingenio, y lánguidas caritas enfermas y melancólicas, y anchas caras rebosando salud y figurillas extrañamente cómicas, de las cuales vuelvo á ver la boca siempre riante que no habían mudado todavía los dientes incisivos.

Algunos continué viéndolos de un año á otro año, y en cada uno creciendo cuatro dedos, siguiendo su camino desde la Escuela elemental á la Escuela Técnica, al gimnasio, ó al liceo (Instituto); otros, los perdí de vista por largo tiempo, y después los reconocí sin embargo bajo el bigotillo naciente, ora en oficinas, ora en tiendas; más de una alumna que me recitó poesías desde el banco de su Escuela, la reconozco ahora del brazo de su marido con una niña de la mano, la cual pequeña, quizás me diga la misma poesía dentro de algunos años.

Recuerdo haber visto á uno desesperado un día porque le habían estropeado la gorra; otro, me parece que todavía escucho su voz estridente, con un defecto de pronunciación en la *ese*; de éste viene á mi pensamiento el ejercicio de composición en el cual únicamente había escrito un solo período, el que había dejado sin terminar, faltando el verbo; vuelvo á ver de aquél el elegante vestido blanco, que sin reparar lo que hacía, se limpiaba los dedos y la pluma en el traje; tengo reminiscencias de acciones galantes, de actos respetuosos, de respuestas ingeniosas, de pequeñas escapadas de la Escue-

la; es tan grato volver á ver ó reproducir en mi mente todo aquello, y ver á esos antiguos alumnos que aunque no me reconozcan ellos á mi, experimento igual sensación de placer, porque todos ellos tienen todavía para mí, aun siendo muchos, hombres, algo de niños, y un oculto vínculo me liga hacia ellos con todo el corazón, volviéndome á mirarlos cuando han pasado, y auguro á todos días de felicidad, como cuando los conocí en la Escuela, y que amen un día á los compañeros de sus hijos como yo he amado á los camaradas de los míos.

* * *

Otras deudas de gratitud tengo todavía con vosotros, queridos niños, y éstas son las mayores.

Cuando la fe en la mejora de los hombres está para escapar del corazón, contristado por el espectáculo perpetuo de la vileza y de la infamia, yo la detengo y la retengo en mi alma, pensando lo siguiente:—Y, sin embargo, no es posible que lleguen á ser hombres viles y malvados tantos niños buenos y generosos que conocí en la Escuela y otros tantos que no conocí, pero que

ciertamente se parecen á aquéllos.—¿Por qué perder la esperanza en los hombres cuando existen tan buenos chicos?

Si en algún momento me siento morir en el alma la compasión hacia las desventuras humanas y me siento tentado de encerrarme en el egoísmo para vivir tranquilo, basta que yo me acuerde de tantos dolores como vi ó adiviné sobre los bancos de la Escuela, y recuerde los muchachos mal alimentados y mal vestidos y mal tratados, constantemente aterrorizados por el recuerdo ó por el presentimiento de una tragedia doméstica; cuando me acuerdo de tantas voces humildes y temblorosas que escuché, acostumbradas á implorar compasión y misericordia, y los ojos tristes que daban gracias con dos lágrimas por una caricia como por un beneficio jamás recibido... bastan todos estos pensamientos para volver á mi alma una gran conmiseración para todos los dolores que veo ó que escucho ó que imagino.

Si una cobarde resignación hacia la miseria, hacia la injusticia del mundo tiende alguna vez á sojuzgar la pasión ardiente aunque dolorosa que me hace combatir por el triunfo de una idea justa y benéfica, basta

que yo piense en cuántos de aquellos buenos sentimientos sofocados en muchos buenos niños por la dureza de una suerte no merecida, á cuánta humillación están condenados gran parte de ellos sin culpa propia ni de sus padres, qué funesta disparidad en la educación del corazón y del espíritu nace entre unos y otros de la disparidad, mal proporcionada á los méritos, de las condiciones de fortuna... basta esta consideración para que vuelva á renacer dentro del pecho el ardor por trabajar y combatir en pro de toda idea beneficiosa y justa.

Y la más bella de las más queridas esperanzas mías está siempre figurada y transfigurada en vosotros: es la escuela del porvenir, una escuela en la que el maestro, elevado al bienestar y al honor que le corresponden, pueda decir: —Ninguno de mis queridos niños, al salir de aquí, va á temblar de frío en una buhardilla inmunda é inhabitable; ninguno va á extenuar las fibras de su delicado cuerpo ni de su tierna alma en las faenas fatigosas demasiado graves para su edad; ninguno va á encontrar la brutalidad de un padre pervertido por la miseria que no merece; hasta los menos afortunados, van á encontrar una casa

sana donde hallarán pan, libros y la dignidad de la vida, y en donde, si alguna vez se alza algún grito de dolor y de desprecio, se levantará ese grito contra las iniquidades de la fortuna y no contra las injusticias de la sociedad y el egoísmo de los hombres.

Observad, pues, cuánto os debo, queridos niños, y si no es mi obligación deciros á vosotros lo que me dijo á mí aquella chiquilla desde el palco del teatro: *gracias*. Sí, gracias á vosotros; gracias, queridos niños, queridas niñas; gracias á vosotros, mis queridos amiguitos, en quienes tengo mi confianza: gracias, pensamientos primeros y más excelsos de mi vida, impresión dulcísima, santa confortación de mi existencia... ¡gracias!!!

